

todo ¿por qué? Sin duda porque encontramos más ventajas en permanecer en el seno de la paz, que en provocar coaliciones y contiendas por semejantes causas. Pues bien, nosotros, que hasta aquí sacrificamos á cada una de estas naciones nuestras diferencias, cuando se trataba de nuestro patrimonio y de lo que nos era más necesario, ¿no incurriríamos ahora en el más imperdonable desacierto si fuésemos á sacar la espada, contra todos juntos, para combatir por la sombra de un privilegio?

SESTA FILÍPICA.

Introduccion.

Aunque no existe ningun testimonio evidente que lo acredite, no se puede negar que los atenienses siguieron el consejo de Demóstenes, y que no elevaron ninguna reclamacion contra el título de Anfiction concedido á Filipo.

«En una nueva arenga, dice Libanius, Demóstenes advirtió á los atenienses que debian ver en Filipo un enemigo encubierto, y no abandonarse á un completo descuido confiados en la paz. Les estimula á despertar de su letargo, á ocuparse con celo de los asuntos públicos, y tenerlo todo dispuesto para combatir. Acusa á Filipo de tramar sordamente la pérdida de Atenas y de toda la Grecia, y atestigua sus palabras con las acciones del Príncipe. Los atenienses no saben qué respuesta dar á los embajadores que acaban de recibir: Demóstenes se encarga de responder por sí mismo, y formula estas dos preguntas: ¿de dónde vienen estos embajadores? ¿Qué asunto los trae? Estas cuestiones no están aclaradas en el discurso; pero puede encontrarse su solucion en las historias de Filipo. En ellas se lee que, por esta época, el Rey de Macedonia envió una embajada á Atenas para quejarse de las acusaciones que se hacian contra él ante los griegos, suponiendo falsamente que se habia comprometido á cumplirles importantes y numerosas promesas, y que habia faltado á su palabra. Negaba estas promesas y esta falta de fé, y pedia que se presentasen las pruebas que en su contra hubiera. Argos y Mesena habian enviado, al mismo tiempo que Filipo, otra embajada á los atenienses. Estas dos ciudades tenian tambien sus quejas. ¿Por qué, decian, Atenas favorece á los lacedemonios, tiranos del Peloponeso? ¿Por qué se opone á los mesenios y á los argivos que

combaten por la libertad? Los atenienses se veían muy embarazados para responder á Filipo y á estas dos Repúblicas. Partidarios de Lacedemonia, sienten aversion y desconfianza hácia la liga de los argivos y mesenios con el Rey de Macedonia, y sin embargo, no pueden reconocer como justa la conducta de los lacedemonios. Por parte de Filipo, sus esperanzas están defraudadas; pero este Príncipe habia salvado al menos las apariencias. En efecto, no se habia comprometido á nada en sus escritos ni por medio de sus embajadores, y solamente algunos atenienses habian halagado al pueblo, prometiéndole que salvaría la Fócida y que reprimiría la violencia de los tebanos. En estas circunstancias, Demóstenes presenta las respuestas que deben darse, y se ofrece á presentarlas en nombre de Atenas. Añade que es justo pedir esplicaciones á los que han suscitado estos embarazos, á los hombres, dice, que han engañado al pueblo y abierto á Filipo el paso de las Termópilas. Esto hace alusion á Esquines, contra el cual Demóstenes prepara, así, la acusacion de haber faltado al mandato que se le habia confiado en una embajada: anticipaba un momento, ante los atenienses, el proceso que más tarde intentó formalmente.»

Se cree pronunciado este discurso el primer año de la Olimpiada 109, correspondiente al 344 antes de la era cristiana.

Discurso.

Cuando se os habla, ¡oh atenienses! de las intrigas de Filipo y de sus continuos atentados contra la paz, los discursos en que se hace vuestra alabanza, os parece, yo lo veo, evidentemente dictados por la virtud y la justicia; y las invectivas contra Filipo tienen siempre á vuestros ojos el mérito de la oportunidad. Pero entretanto, ¿qué es lo que haceis? Nada, yo me atreveré á decirlo; nada que corresponda al entusiasmo con que oís á vuestros oradores. Así, todos los sucesos se encuentran ya tan adelantados, que cuanto más se os muestra claramente á este Príncipe, tan pronto violando la paz ajustada con vosotros, tan pronto preparando la esclavitud de toda la Grecia, tanto más difícil se hace el aconsejaros las medidas necesarias. ¿En qué consiste esto? En que para detener en su marcha á un usurpador, se necesitan, atenienses, acciones y no pala-

bras. Y sin embargo, en esta tribuna nos separamos del objeto interesante y temblamos de redactar un decreto y de apoyarlo; ¡tanto es el miedo que nos infunde vuestra desgracia! Pasamos revista á todos los crímenes de Filipo, medimos toda su deformidad; y ¿qué hay, en fin, que no digamos? Por vuestra parte, tranquilamente sentados, si se trata de esponer sólidas razones ó de aceptar las que se os presentan, llevais desde luego ventajas sobre Filipo; pero ¿se trata de hacer que fracasen sus empresas actuales? Entonces continuais sumidos en la inaccion. De aquí que, por una consecuencia tan natural como inevitable, vosotros y este Príncipe sobresalis, él por la accion y vosotros por la palabra. Si, pues, hoy todavía os basta con hablar del derecho, esta tarea no exigirá un grande esfuerzo; pero si conviene meditar sobre los medios de imprimir otro curso á los asuntos públicos, de detener los progresos insensibles de un mal siempre creciente, las amenazas de un poder colosal contra el cual la lucha se haría más tarde imposible, preciso es que cambiemos de método en nuestras deliberaciones: todos de concierto, oradores y oyentes, prefiramos las medidas eficaces y salvadoras, á las fáciles declamaciones que nos encantan.

Y desde luego que si alguno de vosotros, ¡oh atenienses! vé en toda su magnitud los inmensos progresos de la dominacion de Filipo, y no encuentra en ellos ningun peligro para la pátria, ninguna tempestad que se está fraguando sobre nuestras cabezas, yo admiro su manera de ver las cosas; pero os conjuro á todos á que escuchéis, en pocas palabras, las razones que me inducen á pensar lo contrario, á ver siempre un enemigo en el Macedonio. Si me juzgais más previsor que los demás, seguireis mis consejos; si el porvenir os parece mejor presentado por los que descansan intrépidamente sobre la fé de este Príncipe, á tiempo estareis de seguir los suyos.

Empiezo considerando, atenienses, las invasiones he-

chas por Filipo, tan pronto como se ajustó la paz. Dueño de las Termópilas, se apoderó de la Focida. ¿Qué hizo en seguida? ¿Cómo usó de sus ventajas? Quiso mejor servir los intereses de los tebanos que los de Atenas. ¿Y por qué procedió así? Porque dirigiéndose todas sus miras, no á la paz, no á la tranquilidad, no á la justicia, sino al furor de engrandecerse y subyugarlo todo, ha comprendido perfectamente, en vista de la política de Atenas y de su noble carácter, que jamás promesas pomposas ni servicios de ninguna clase, os arrastrarán á sacrificarle, por un miserable egoísmo, ninguno de los pueblos de la Grecia; y que si por el contrario, osára atacarles, el celo de la justicia, el temor de un oprobio indeleble y la prevision de todos los resultados, os lanzarian contra él con tanto ardor como si la guerra se hubiese encendido de nuevo. En cuanto á los tebanos, contaba con que, unidos á él por el agradecimiento, lo abandonarían todo á su capricho, y lejos de entorpecer su marcha, á la primera señal que les hiciese irían á engruesar su ejército. Hoy aun trata como amigo á los mesenios y á los argivos, porque ha concebido de ellos la misma idea, lo cual es, ¡oh atenienses! vuestro más cumplido elogio. Estos hechos os juzgan, proclamándoos los únicos, entre todos los pueblos, que sois incapaces de vender la libertad de la Grecia, y de cambiar por ningun favor ni servicio, la gloria de ser su baluarte.

Pero esta opinion tan alta de Atenas y tan deshonorosa de Argos y de Tebas, la encuentra Filipo apoyada en la razon, en el espectáculo del presente y en las reflexiones que nacen del pasado. Sin duda la historia y la fama le han hecho conocer que, pudiendo vuestros antepasados adquirir el imperio de la Grecia á condicion de librarla del gran Rey, lejos de aceptar esta oferta hecha por Alejandro, uno de sus antepasados, que fué instrumento de esta negociacion, abandonaron su ciudad, despreciaron todos los peligros, y en seguida ejecutaron aquellos hechos he-

róricos que todos se complacen en referir y que nadie ha referido tan dignamente como su grandeza merece. Asi, pues, yo guardaré silencio ante una gloria que la palabra humana no sabría celebrar. En cuanto á los antepasados de los tebanos y los argivos, Filipo sabe que ayudaron al Bárbaro, los unos con su espada y los otros con su neutralidad. Ha comprendido, pues, que satisfechos estos dos pueblos con cuidarse de su propio interés, no estiman en nada los intereses comunes de la Grecia. De aqui concluye que ligarse á vosotros por los lazos de la amistad, seria ligarse á la justicia; y que la union con los argivos y tebanos, le proporcionará brazos para la obra de sus usurpaciones. Tal es el motivo de la preferencia que les ha dispensado y que todavía les dispensa sobre vosotros. Además no vé en ellos, considerados separadamente, fuerzas navales superiores á las vuestras; ese imperio que el continente le ha ofrecido, no aparta su pensamiento del imperio de los mares y de las plazas marítimas, y no olvida, por último, las protestas y las promesas que le ha sido necesario hacer para conseguir de vosotros la paz.

Filipo, se dirá, sabia todo esto; pero es indudable que ni la ambicion ni ninguno de los motivos que le supones, dirigieron entonces su conducta; lo que únicamente hay aqui es que creyó las pretensiones de los tebanos más justas que las nuestras. Atenienses, entre todos los pretestos, este es el único que no puede alegar hoy. ¡Qué! El que ordena á los lacedemonios no inquietar á Mesena, ¿pretenderá haber obrado solo por un principio de equidad cuando entrega á los tebanos Orcomeno y Coronea?

¡Pero se vió obligado á ello! (último recurso de sus apologistas); pero entregó estas dos plazas sorprendido, rodeado por la caballería tesalia y la gruesa infantería de Tebas. Muy bien. Se dice en consecuencia que los tebanos se le van á hacer sospechosos; se inventa y se publica por todas partes que debe muy pronto fortificar á Elatea. Todo

esto se halla en el porvenir, y podeis creer que allí permanecerá largo tiempo. Pero la reunion de sus fuerzas con las de Argos y Mesena para caer sobre los lacedemonios, es cosa que pertenece al presente. Ya hace partir sus tropas extranjeras, envia fondos y se le aguarda en persona á la cabeza de un poderoso ejército. Así, pues, se propone destruir á Esparta porque es enemiga de los tebanos; y á esa Fócida que no há mucho subyugó, ahora la levanta de su abatimiento. ¿Quién lo creería jamás? Por mi parte, creo que si Filipo hubiese favorecido á los tebanos obligado por la fuerza, no se encarnizaría tan obstinadamente contra los enemigos de estos. Pero su conducta actual atestigua claramente que entonces sus acciones fueron libres y calculadas. Además, una mirada dirigida á toda su política, basta para descubrir las laboriosas intrigas con que procura enderezar todos sus tiros contra Atenas; y afirmo que ahora tiene, para hacerlo así, una especie de necesidad. Reflexionemos en efecto: aspira á dominar y no encuentra, en esta carrera, más adversario que vosotros. Desde hace mucho tiempo insulta vuestros derechos, y en el fondo de su corazon lo siente, puesto que nuestras antiguas plazas, que hoy tiene en su poder, cubren todas sus demás posesiones. Si perdiese á Anfipolis y Potidea, ¿se creeria seguro en su propio reino? Dos cosas son pues indudables: la una que os tiende lazos, y la otra que vosotros los conoceis; pero aunque vé vuestra prudencia, presume que le teneis un ódio merecido, y el suyo se irrita ante el peligro de un golpe funesto que puede partir oportunamente de vuestras manos si no se apresura á herir el primero. Penetrado de esta idea, vela en el punto desde el cual amenaza á Atenas, y halaga á los tebanos y á sus cómplices del Peloponeso, juzgándolos demasiado dispuestos á venderse para que no se contenten con el interés del momento, y demasiado estúpidos para preveer y temer los males del porvenir. Y sin embargo, con un poco

de juicio se pueden observar ejemplos sorprendentes, que tuvo ocasion de esponer á los mesenios y á los argivos, y que quizá sea más útil todavía el presentarlos ante vosotros:

«Pueblo de Mesena, decia yo, ¿con qué indignacion no habria oido Olinto á cualquiera que hubiere hablado, dentro de sus muros, contra Filipo, cuando este le entregaba la plaza de Antemonte, tan estimada por todos los Reyes sus predecesores; cuando le donaba á Potidea despues de haber desalojado la colonia de Atenas, y cuando dominado por su ódio contra nosotros le cedía la posesion de esta comarca? ¿Temería sufrir tantas desgracias? ¿Habría dado crédito á las palabras de quien se las hubiese anunciado? No; vosotros no podeis suponerlo. Y sin embargo, despues de haber gozado un poco tiempo del bien ajeno, ved á los olintios para mucho tiempo despojados por Filipo de sus bienes propios; vedles abatidos, deshonorados, vencidos, ¿qué digo vencidos? acusados y vendidos los unos por los otros. ¡Tan peligroso es á las Repúblicas el familiarizarse con los déspotas! Y los tesalios, por su parte, ¿podrian temer, cuando Filipo los libraba de sus tiranos y les cedía las ciudades de Nicea y Magnesia; podrian temer el verse sometidos á tetrarcas, como hoy se encuentran, ó que el mismo que los restablecía en sus derechos de anfictiones les recojiese sus propias rentas? Hé aquí, no obstante, lo que se ha hecho á los ojos de toda la Grecia! Ya veis cómo desempeña Filipo el papel de protector desinteresado y justo. Haced votos por no conocer jamás á este hombre, que con sus pérfidos manejos ha engañado muchos pueblos. Para la guarda y conservacion de las ciudades, les seguia diciendo, el arte ha multiplicado los medios de defensa, tales como empalizadas, murallas, fosos y otras mil fortificaciones, que todas exigen muchos brazos y gastos inmensos. En el corazon de los hombres prudentes, la naturaleza levanta tambien un baluarte: en

él la salud de todos está asegurada; en él las Repúblicas, especialmente, encuentran una defensa inespugnable contra los tiranos. ¿Sabeis qué baluarte es este? La desconfianza. Que sea vuestra compañera, que sea vuestra égida, y mientras logreis conservarla, la desgracia se mantendrá lejos de vosotros. Y por otra parte, ¿no es también la libertad lo que buscáis? ¡Oh! ¿pero no veis que los títulos mismos de Filipo la combaten? Sí, todo Rey, todo déspota, es enemigo nato de la libertad, enemigo de las leyes. ¡Al procurar libraros de la guerra, temed no caigais en las manos de un amo!»

Después de haber reconocido con ruidosas aclamaciones la verdad de estas palabras; después de haber oído muchas veces el mismo lenguaje de boca de otros diputados, en mi presencia y probablemente después de mi partida, estos pueblos no siguieron menos ligados á la amistad y á las promesas de Filipo. Sin que nadie se sorprendiese, los mesenios y gentes del Peloponeso influyeron contra el partido que se les demostró ser el más conveniente; pero vosotros, atenienses, que descubriste por vuestras propias luces y por mis palabras los mil lazos de que se os rodea, ¿caereis, vendidos por vuestra indolencia, en el abismo que veo abierto á vuestros piés? ¡Es necesario no sacrificar al reposo y al placer del momento la suerte del porvenir!

Respecto de las medidas que hay que adoptar, obrareis sabiamente deliberando más tarde sobre ellas. Pero hoy, ¿qué respuestas conviene decretar? Hélas aquí:

(Lectura de un proyecto de decreto.)

Sería justo, atenienses, denunciar en este decreto los portadores de promesas que os indujeron á concluir la paz. Yo mismo no habría podido resolverme á aceptar la embajada, y estoy cierto de que vosotros tampoco habríais depuesto las armas si os hubiésteis figurado cuál había de ser la conducta de Filipo después de hecho el convenio.

Entre esta conducta y aquellas promesas ¿qué diferencia existe! Hay otros hombres á quienes también es preciso denunciar. Me refiero á aquellos que después de la conclusión de la paz, á mi vuelta de la segunda embajada para el cambio de los juramentos, y cuando viendo á mi patria fascinada protesté contra la traición y me opuse al abandono de las Termópilas y de la Fócida, decían que Demóstenes, bebedor de agua, debía ser un hombre de carácter áspero y fatalista; que Filipo, después de haber franqueado el Paso, no tendría más voluntad que la vuestra, fortificaría á Tespias y Platea, reprimiría la insolencia tebana, abriría un camino á su costa en el Quersoneso, y os entregaría á Oropos y la Eubea en equivalencia de Anfípolis. Sí, todo esto se os dijo aquí, en esta tribuna; y sin duda que lo recordais, aunque sea flaca vuestra memoria respecto de los traidores; y para colmo de ignominia, vuestro decreto mata las esperanzas de vuestros descendientes, ligándolos á esta paz: ¡tan completo fué el dolo con que se hizo!

Pero, ¿para qué recordar ahora aquellos discursos? ¿Para qué pedir la acusación de aquellos hombres? Voy á contestar sin embozo ni doblez; ¡el cielo es testigo de ello! No quiero bajarme hasta la injuria, porque la provocaría en justa recompensa contra mí; no quiero proporcionar, á los que desde el principio me han perseguido, un nuevo motivo para que Filipo les abone un suplemento de salario; no quiero, en fin, entretenerme en vanas declamaciones; pero veo que en el porvenir los atentados de Filipo van á causaros más vivas inquietudes que en la actualidad. Sí, los progresos del mal saltan á mi vista. ¡Ojalá sean falsas mis conjeturas! Pero tiemblo ante la idea de que ya estemos tocando un término fatal. Cuando no os sea posible desentenderos de los acontecimientos, cuando sepais, no por las palabras de Demóstenes ni de ningún otro orador, sino por el testimonio de vuestros ojos, por la

evidencia de los hechos, que se trama vuestra ruina, entonces la cólera sin duda os hará correr á la venganza. Pero temo que, habiendo vuestros embajadores ocultado en el silencio todo lo que su conciencia les denunciaba como encaminado á la obra de su corrupcion, vuestro enojo caiga sobre los ciudadanos que se esfuerzan en reparar una parte de los males que esa misma corrupcion ha producido. Porque veo entre vosotros más de uno que se halla pronto á descargar su furor, no sobre el culpable, sino sobre la primera víctima que alcance su mano.

Así, mientras que la tempestad se forma sin estallar todavía; mientras que tomamos consejo los unos de los otros, yo quiero, á pesar de la notoriedad pública, recordar á todos los ciudadanos el hombre cuyas sugerencias os hicieron abandonar la Fócida y las Termópilas: resolución funesta que abriendo al Macedonio los caminos de Atenas y del Peloponeso, os ha reducido á deliberar, no sobre los derechos de la Grecia, ni sobre los asuntos del exterior, sino sobre vuestro propio territorio y sobre la guerra contra el Atica; guerra cuyas calamidades no se tocarán hasta que haya empezado la lucha, pero que datan del día de la traicion; porque si desde entonces no hubiérais sido pérfidamente engañados, Atenas no tendría ahora nada que temer. Demasiado débil por mar para intentar un desembarco en el Atica, y por tierra para apoderarse con las armas de las Termópilas y de la Fócida, ó Filipo inmóvil habría respetado la justicia y renunciado á la guerra, ó habría permanecido con las armas en la mano en las mismas posiciones que le habian obligado antes á desear la paz.

He dicho lo suficiente para despertar vuestros recuerdos. ¡Libradnos, dioses inmortales, de la prueba más evidente de tantas perfidias! ¡No, contra ningun culpable, aunque mereciese la muerte, provocaría yo un castigo comprado á costa del peligro de todos, á costa de la ruina de Atenas!

OCTAVA FILÍPICA Ó DISCURSO SOBRE EL QUERSONESO.

Introduccion.

Se acababa de llevar al rey de Macedonia una copia de la sesta Filípica. «Yo habria dado mi voto á Demóstenes para hacerme declarar la guerra, dijo despues de leerla, y le habría nombrado general.» (1) Animados por esta elocuencia, los atenienses iban á unirse con los lacedemonios. Filipo, que no queria tener á su frente dos enemigos tan poderosos, aparentó renunciar á su empresa sobre el Peloponeso, y dirigió sus armas hácia la alta Tracia, donde hizo muchas conquistas.

El general ateniense Diófito y las acusaciones que se le dirigian por algunos de sus compatriotas, con el objeto de la arenga siguiente: (Olimpiada 109, año 3, correspondiente al 342 antes de Jesucristo.) «Desde muchos años, dice Libanius, los atenienses poseian el Quersoneso de Tracia, á donde en tiempo de Filipo habian enviado una colonia. Había la antigua costumbre de que los ciudadanos pobres, que no tenian nada en el Atica, fuesen trasladados á las ciudades que la República poseia fuera de su territorio, armados y costeados por el Tesoro público. Así, en las circunstancias de que hablamos, se enviaron colonos al Quersoneso, puestos á las órdenes del general Diófito. Bien acogidos por los antiguos habitantes, recibieron tierras y casas; pero fueron rechazados por los cardenses que pretendian que era suyo aquel territorio y no de Atenas. Atacados por Diófito, buscan un apoyo en Filipo, el cual escribe á los atenienses pidiendo que no hicieran violencia á sus amigos, y que reclamaran

(1) ¡Demóstenes general! El mismo protestó en Queronea contra este voto de confianza. Otra frase de Filipo, referida por Plutarco, nos indica que este dicho debe tomarse en sério. «Los discursos de Isócrates, decia, huelen á la espada; los de Demóstenes respiran la guerra. (Nota de Stievenart.)